LA MULA DE BONIFACIO

(CUENTO)

BONIFACIO no era pobre. En el pueblo nadie era pobre. Y si bien se mira tampoco nadie era rico. Todo se reducía a que algunos tenían un par de mulas y hasta un borriquillo. Otros, la mayoría, como Bonifacio, una sola. Esa en que caminaba montado, a paso muy lento, cabeceando él y la mula, mientras el sol, ya en el final de su visita por aquellas tierras, se entretenía resbalando de uno en otro de los terrones que llenaban el rastrojo.

La mula cabeceaba por el cansancio y por el olvido de ella en que se encontraba Bonifacio. Hacía rato que la había abandonado a su andadura voluntaria y dejaba balancer su cuerpo al tiempo que sus pensamientos, insistentes, girando en derredor de una idea central:

—No hay pobres en el pueblo. No somos pobres. En nuestro pueblo no hay ninguno que tenga que echarse a los caminos a pedir limosna, como en Canales o la Riva. Todos tenemos nuestro piazo de tierra y nuestra caballería. Tenemos la mula—Dios quiera que no falte—y el cerdo, y la mujer y los chicos. Tenemos nuestro piazo de tierra y tenemos nuestra mula.

Se le enredaban y repetían las ideas como se le hubiera enredado la lengua si las hubiera estado pronunciando en voz alta. El sol caía vertical tras el límite de los oteros y sus rayos trataban de asirse a unas altas nubecillas, lo único ya que encontraba a su alcance. Las tierras—ocres, rojizas, marrones—se iban transformando en grises y sombrías. La mula, torpe y maliciosa, había abandonado el camino, en una pequeña disminución de la marcha, y arrancaba matojos con los grandes dientes superiores, que masticaba luego ruidosamente.

Bonifacio no se daba cuenta. La mula aprovechaba un tropezón para dar una sacudida, agachar la cabeza, arrancar un bocado y continuar su camino. A veces se detenía un breve instante. Bonifacio, maquinalmente, apretaba las rodillas y la mula continuaba el camino. Las detenciones se fueron haciendo más próximas y morosas. Una voz, lenta, arrastrada:

—¡Muú-la!

Un trotecillo, después el paso normal, una sacudida de orejas, y Bonifacio abandonado a su caminar interno:

—No soy pobre, y cuando se me apetece me voy hasta el otro pueblo y me meto en la taberna. Tengo poco, pero lo poco es mío y trabajo como quiero. Hoy he cogido el azadón para dar vuelta a unos surcos. No tenía ganas de trabajar y no me he bajado de la mula. He seguido camino adelante. Y he pasado la tarde en la taberna. Y la Luciana no dice nada. Y si lo dice aquí estoy yo, el Bonifacio, para hacerla callar con una voz.

Una voz seca, cortante, como el restallido de una tralla, como la colérica voz que se dirigía a la mula que se había detenido.

—¡Muula! ¡Ospera!

Sobresalto y trote del animal, que alzó la cabeza y enmarcó en el ángulo de sus orejas la silueta del pueblo en lo alto del cerro. Bonifacio volvía a lo suyo. Se acompasaba bien con mula su monótono rumiar de ideas. No soy pobre. Hago lo que quiero. A ver qué cosa mejor voy a esperar...

Cabeceaba. Se dormía. Llegaría así, como otras veces, hasta la puerta del corralón. Allí, sin despertarse ni estar dormido del todo, quitar los arreos al animal, dejarlos a la entrada del portal y sentarse a la orilla del fuego. La Luciana podía dar vueltas, callada, a su alrededor o gruñir lo que quisiera. Le iba a dar igual.

Fué él, no la mula, quien se sobresaltó:

¿Qué pasaba? Lo comprendió. La mula estaba parada. Hizo un movimiento con el ronzal, aguijó con las rodillas. Lanzó un chasquido y un nuevo grito. Nada.

El animal se había parado ante la negra sombra que cruzaba el camino. La pared de la ermita alargaba su sombra con el sol poniente. La mula se resistía a pisarla. Bonifacio gritó y dió tirones. El animal se resistía en el momento en que sufría la sacudida y luego volvía a una expresión de obediente mansedumbre. Levantaba una pata y la volvía con ruido al suelo. Pero no adelantaba un paso.

Bonifacio soltó el ronzal. La mula agachó la cabeza y se puso a arrancar hierbecillas, que trituraba con ruido, como si estuviera pastando en el campo, como si nada pasara. La dejó así unos momentos. Luego tiró otra vez. La mula arremangó el morro y enseñó los dientes, protestando. Bonifacio se dejó resbalar al suelo. La palmeó en la parte superior de la pata, junto al cuello, empujando como si fuere un portón que se resistiera a dejarse abrir. La mula retrocedió, ladeándose, y se volvió, indiferente, hacia unos cardinchos que el movimiento había puesto a su altura.

—¡Muúla! ¡Muúla... dios!

La sombra de la ermita iba creciendo y se afilaba por el rastrojo adelante. El cielo iba apagando su luz y le cruzaban jirones cárdenos. El día se despedía, a la vista del pueblo, sólo separado por una vaguadilla.

Bonifacio se llenaba de ira e impotencia al mismo tiempo. Dió dos puñetazos a la mula que resonaron sordamente, como en un tambor relleno de trapos. Una de sus manos dió en el azadón, lastimándose un nudillo. Pero no se dió cuenta. De un solo movimiento el pulido mango del azadón se desarmó de la albarda y se blandió en su mano.

—¡Muúla-la!

Un vuelo del pesado azadón y se pulverizaron las cabezas de los cardos. Otro, un golpe duro con un metálico retintín, como si hubiera dado en la collera, y la mula cayó al suelo, desplomada, en menos que habían llegado a la tierra los tronchados cardos.

—Muúla.

Se agachó a levantarla. Imposible. La mula pesaba más que la ermita. Estaba más arraigada que ella: Olvidó el azadón, se abrazó al cuello del

animal. No hacía un solo movimiento. Bonifacio comprendía y no quería comprender. La mula muerta así, por nada, como de un mal cólico. ¡Sólo por un palo!

Empezó a gritar sus pensamientos.

—¡Ahora soy pobre! ¡Qué vamos a hacer sin la mula!

Las mozas que estaban en el pozo, en lo hondo de la vaguada, distinguieron el extraño accionar de Bonifacio.

—¿Vamos a decirle a la tía Luciana que el Bonifacio viene borracho y está bailando junto a la ermita?

